



MAX UHLE
Y EL PERU
ANTIGUO

PETER KAULICKE
Editor

Capítulo 8



Max Uhle



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL 1998

Primera edición, setiembre de 1998

Edición: Peter Kaulicke

Traducción de los textos de alemán al español:

Rafael E. Valdez y Peter Kaulicke

Redacción, diagramación y cuidado de edición: Rafael E. Valdez

Carátula: AVA diseños

Max Uhle y el Perú Antiguo

Copyright © 1998 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18.
San Miguel, apartado 1761, Lima, Perú.
☎ 460- 2870/460-2291, anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o
parcialmente, sin permiso de los editores.

Derechos reservados

ISBN 9972-42-139-2

Impreso en el Perú - Printed in Peru

VIII.

LA PERCEPCION GEOGRAFICA EN MAX UHLE

Nicole Bernex de Falen

Un hombre... una época... unas circunstancias.

El hombre nació en Dresden, Alemania, en 1856, tres años antes de la muerte de Humboldt y de Ritter. Las ciencias sociales alemanas conocen una etapa nueva -su enfoque es ambicioso y seduce los espíritus preocupados en entender los misterios de la evolución de los pueblos. La originalidad de un destino se mide solamente a la luz de otros y eso implica constantes cambios de escalas espaciales y constantes comparaciones. La influencia filosófica de hombres como Kant, Herder y Comte, impregna todas las ciencias humanas de manera decisiva. Los progresos de la botánica, de la geología, de la climatología y de la morfología son muy importantes así como los de la cartografía moderna. Nuevos horizontes temáticos se exploran, entre otros la diferenciación regional, las relaciones entre el hombre y el medio tanto como el análisis del paisaje.

Es en esta época caracterizada, como lo subraya Claval, por sus ambiciones enciclopédicas y la pretensión, la preocupación de entender el devenir de la humanidad en su totalidad que crece Max Uhle. Después de brillantes estudios en las universidades de Göttingen y Leipzig, donde obtuvo el grado de doctor en Lingüística a los 24 años, trabajó por unos siete años como asistente del Director en el Museo Real de Zoología, Antropología y Etnografía de Dresden. Allí nació su interés para el Perú y su pasado; interés que se afirmó en Berlín donde trabajó en el Museo Real de Etnología desde 1888 y estudió incansablemente las numerosas colecciones suramericanas.

Consecuentemente, el joven Uhle publicó varios estudios arqueológicos y etnográficos cuya calidad lo hace destacar rápidamente como experto en los problemas de América del Sur, tal como lo menciona Rowe, uno de sus mejores

biógrafos (Rowe 1954). Por eso, y por encargo del Museo, emprendió un viaje a América del Sur en 1892 con el fin de estudiar e investigar la ruta de la conquista de los incas.

Indudablemente, Max Uhle ha sido fuertemente marcado por su época. Evocándolo, podemos recordar lo escrito por el eminente fisiólogo, Claudio Bernard:

“Aquel que no conoce los tormentos de lo desconocido debe ignorar los goces del descubrimiento, que son ciertamente los más vivos que el espíritu del hombre puede jamás sentir. Más por un capricho de nuestra naturaleza, este goce del descubrimiento tan buscado y tan esperado, se desvanece desde que está hecho. No es sino un relámpago cuya luz nos ha descubierto otros horizontes, hacia los cuales nuestra curiosidad nunca saciada se lanza con más ardor todavía”.

y tal como dice Raimondi:

“No hay palabras para descubrir la inquietud, el desasosiego y la desagradable sensación que experimenta el hombre que ha nacido con este estímulo, cuando no puede descubrir la causa de un fenómeno o resolver una duda que se presenta a su espíritu: el sueño se turba, ... desafía las intemperies y ni los peligros lo arredran hasta conseguir su objeto” (Bernex 1995).

No puede describirse mejor a Max Uhle, firme en su vocación, inquebrantable en su interés, constante y riguroso en su trabajo. Durante más de cuatro décadas, realizó muchas decenas de excavaciones. Para él, el espacio tenía transparencia. No importaban las dificultades de los desplazamientos; los hacía todos a mula y a pie. Es así que estudió el camino de la conquista de los incas en Argentina y Bolivia, desde Córdoba hasta La Paz por el camino de San Antonio de los Cobres. No obstante, en esta intervención nos limitaremos principalmente a su periodo peruano, haciendo solamente referencia a sus periodos chileno y ecuatoriano.

En el Perú, Uhle trabajó en Ancón, Pachacamac, Huacho, Chancay, Tarma y Tarmatambo, el valle de Trujillo, Moche, Huamachuco, Viracochapampa, Cerro Amaro, Maranga, el valle de Lurín, Chíncha, Ica, Ocucaje, Tambo Colorado,

Huaitará, Huaral, Supe, San Nicolás, Cusco, Cotahuasi, Huancalli, Pisac, Puno, Sillustani, Arequipa, Chala, Cajamarquilla y otros.

Un hombre en constante movimiento, incansable y tenaz en su plan de acción. Y si bien es cierto que trabajó principalmente en áreas costeñas del Perú, también excavó en la sierra tanto en La Libertad como en Cusco, Puno, Arequipa y sobre todo lo hizo en Bolivia y Ecuador. No temía ni al desierto ni a los Andes. Es cierto, y hay que recordarlo, el Perú conocía cambios apreciables. Un cuarto de siglo antes el gran Mariscal Ramón Castilla podía exclamarse en uno de sus discursos ante el Congreso que casi se habían borrado del mapa del Perú las vías de comunicación y que su anhelo y el del gobierno era reconstruir carreteras, puentes, canales de riego. Tal como lo subrayó Raúl Porras Barrenechea “los gobiernos civiles de 1900 a 1908 intensificaron el estudio científico del Perú”, la construcción de nuevos ferrocarriles y rehabilitación de los tramos viales hacia los ya cimientos nuevos del Perú, entre otros proyectos.

No obstante, tanto en aquel tiempo como hoy, el viajero científico tenía que desafiar en gran parte las mismas dificultades, las mismas de los valles cálidos y el frío de la puna y todo eso al lo largo de las revueltas espantables de caminos que al final alcanzaban lo aparentemente inalcanzable. Como tantos otros científicos, Max Uhle tuvo que enfrentarse a la gigantesca arruga de los Andes, y ahí sin duda, la simbiosis obligatoria que se opera entre el viajero científico y el espacio marcó a Uhle: era el tiempo necesario para entender la interacción entre el hombre y su medio; tiempo para plantear hipótesis, para explicar.

Vale recordar su formación variada: estudió y trabajó en lingüística, etnología, arqueología e historia. Su percepción geográfica se conjuga con un saber geográfico básico, herramienta indispensable para todo arqueólogo.

Quiero recordar sólo algunos aspectos de sus tan numerosas publicaciones. Por ejemplo, en su estudio sobre las “fortalezas incaicas: Incallacta-Macchupicchu”, destaca como “la mayoría de los planes de Bandelier sobre las ruinas de la isla del Titicaca cuentan con numerosos errores” (Uhle

1917). Suele ser muy estricto en sus presentaciones cartográficas, señalando taludes, riachuelos, todo accidente del terreno y orientando cada mapa y plano. Lamentablemente, muchos de ellos no han sido publicados.

Uhle intenta de posicionar siempre el sitio, pero también lo localiza en su región. Es así que cuando estudia las ruinas de Cochasquí (1933), después de una localización del sitio en el conjunto regional, trata de explicar el doble sentido de la localización y de la posición del sitio para las poblaciones:

“El majestuoso Mojanda, de 4300 m. de altura, se introduce como un espigón entre las dos provincias de Pichincha e Imbabura del Ecuador septentrional. En una larga e inclinada pendiente, extiende su flanco sur 2000 m. hacia una profunda garganta donde corre torrenciosamente el Guailabamba, afluente del río Esmeralda.

Los contrafuertes se dilatan amplios y abiertos delante de las más altas vertientes volcánicas, ofreciendo un magnífico panorama que abarca desde la Cordillera Occidental, por encima de los alrededores de Quito y partes medias de los valles andinos, altos, hasta el enorme Pichincha de 4700 m. de altura, al Oeste.

A lo largo de estos contrafuertes cruzan ocho gargantas profundas que descienden de la cima del Mojanda y que forman un poderoso obstáculo para el tráfico transversal sobre los flancos de la cordillera, pero que al mismo tiempo sirven de protección y seguridad a las pequeñas poblaciones agrupadas y situadas sobre las redondeadas crestas.

Sobre estas escarpadas alturas no son numerosos los restos de poblados prehispánicos. Solamente encima de la hacienda Cochasqui, y a 2 km. de ella, se extiende, a 3000 m. de altura sobre el nivel del mar, un gran conjunto de ruinas antiguas, a manera de tolas, de distintos tamaños y que están situadas al occidente del antiguo camino, bajando de Otavalo sobre el Mojanda, y que fue el que corrió Cieza de León en su viaje a Quito. Por lo demás este conjunto de tolas es el más importante y extenso entre las conocidas en el norte de Ecuador” (Uhle 1937).

Max Uhle se interesa globalmente por el tipo de interacción Hombre-Medio Ambiente Natural tal como se puede observar e intenta “recuperar” la dimensión retrospectiva del medio físico, útil para su análisis.

Es así que en su estudio sobre las ruinas de Moche y para la Huaca del Sol, más destruida que la Huaca de la Luna, él anota como:

“El río ha arrancado siglos anteriores todo el lado occidental y el centro; no existe más que la fachada meridional y oriental, y al parecer la mayor parte de la planicie septentrional” (Uhle 1915).

Pero indudablemente, es su interés etnológico que va a enriquecer su percepción geográfica y hacerle precisar la complejidad de la interacción hombre-medio que pasa naturalmente por las rutinas, las lógicas de los actores sociales pero que integra las herencias culturales. Ahí la curiosidad de Uhle no tiene fin en sí.

Recordamos que las llamitas de piedra del Cusco despertaron su interés , tratando de entender su sentido, buscando fuentes, con los de von Tschudi y Wiener entre otros, hasta entender un día de mayo de 1905 el por qué:

“Las figuritas sirven para el sacrificio a la Pachamama [la tierra]. Se llenan los agujeritos con alcohol, vino u otra cosa sagrada, como coca, etc.

Se les entierra en lugares donde pastan los carneros.

Con estos sacrificios se paga el pasto que la Pachamama dá a los animales [probablemente prenumerando].

Se pone la figurita en la tierra, entre piedra, y se tapan éstas con otra piedra.

Cada año se renueva el sacrificio con otra figurita. Entonces se pone la figurita nueva más abajo [¡más cerca de la Pachamama!]

Esto explica por qué se ha encontrado a veces varias de tales llamitas de piedra juntas en la tierra, como por ejemplo en el Collcampata, el Cuzco, en el fundo del señor Lomellini.

Las figuritas que sacrifican se llaman enq'a [oveja enq'a lla enq'a] y todo el sacrificio hecho así se llama ch'uuya” (Uhle 1906a).

Ahí Max Uhle utiliza las preguntas clásicas de la geografía: ¿qué hay? ¿dónde está? ¿cómo es? y ¿por qué es así?

Rowe tiene razón al decir que Uhle es leído esencialmente por arqueólogos, y podríamos añadir historiadores; pero como lo había hecho Raimondi en la segunda parte del siglo XIX, Uhle trataba de entender la ocupación del espacio a la luz de la toponimia, demostrando así como la “existencia de Maynas de ninguna manera puede haber sido ignorada en el Perú Andino, y una prueba de esto, es que los Chancas, oprimidos por las luces de los vencedores en los primeros años del desarrollo de su poder, se refugiaron en Chachapoyas e impusieron su noble aimará a esta localidad”. Indudablemente, a pesar de su temeridad y terquedad, Uhle ha sido un precursor, ha entendido que el espacio humanizado, nominado, cuenta los grandes movimientos, los desplazamientos de las poblaciones.

No quiero poner en tela de juicio sus hipótesis sobre los orígenes de los incas y su esfera de influencia. Dejo aquel análisis a los especialistas. Quiero destacar solamente e insistir sobre la percepción geográfica de Uhle, y una percepción en muchos aspectos pionera.

Para concluir esta breve intervención, voy a subrayar algunos de los objetivos claves y parte del método preconizado por este insigne arqueólogo en su discurso de incorporación al Instituto Histórico del Perú y de inauguración del Museo de Historia Nacional. Ahí el ilustre sabio americanista destaca el aporte integrado de la lingüística, de la etnología e historia. Afirma que un trabajo investigador sin tomar en consideración lo que descubrieron estas ciencias, es hoy imposible. Es ahora la única base para un progreso, pero un progreso con horizonte ilimitado, y donde antes parecía que nada podía ya descubrirse, hoy sabemos que estamos solamente al principio de los descubrimientos. Evidentemente, y en eso Max Uhle ha sido el precursor, él valoraba el enfoque sistémico.

En este mismo discurso insistía sobre la importancia de la metodología, ver estrategias para desarrollarla. Dice:

“El país está lleno de ruinas de palacios, templos, fortalezas, restos de tambos, de caminos, de sistema de irrigación; todo hay que estudiarlo aún, salvar sus planos para la posteridad y darlos a conocer a los sabios de otros países.

Despertemos el pasado, reconstruyamos la grandeza de sus monumentos, de sus templos, penetremos en su espíritu estudiándolo y dando vida a las costumbres y usos de los antepasados del suelo patrio”.

Y luego insiste:

“Pero para comprender bien la vida del pasado nacional es necesario que estudiemos el presente en sus contumbres y usos, en la técnica, en los idiomas, en el folklore y en la música de los indios de nuestros tiempos... En pocas partes hay para esto, condiciones tan favorables como en el Perú. Los antiguos egipcios, los babilonios, los helenos ya no hablan, no los vemos en su trabajo, ni los observamos en sus fiestas; todo lo que todavía podemos oír, ver y observar en el Perú, donde una gran parte de las costumbres antiguas, aún son practicadas; hasta la antigua organización gentil, existe todavía en la Sierra, como también el título y el oficio de los incas” (Uhle 1906b).

Para Uhle el presente sólo se podía explicar a la luz del pasado pero también el pasado se podía entender al descifrar el sentido del impacto de sus herencias en el presente.

Para concluir, vale destacar como Uhle, en su larga labor de investigador guardaba intacta en él la imagen mental del espacio peruano que había practicado por tantos años.

Cuando volvió por última vez a los 86 años de edad y se fue a visitar el sitio de Ancón con Gordon Willey, el anciano lúcido y emocionado notaba constantemente como el sitio había cambiado tanto desde que trabajó ahí unos 40 años antes.

No podemos ni debemos olvidar a este gran estudioso abriendo siempre horizonte nuevos en la investigación, produciendo conocimientos y difundiendo no solamente a través de sus artículos sino también a partir de la formación de museos. Si hoy en día nuevas teorías han surgido, nuevos medios técnicos, nuevas reglas existen, no le quita nada al enorme mérito que tiene su labor pionera e integral.

REFERENCIAS

Bernex de Falen, N.

1995 Antonio Raimondi, *Colección Forjadores del Perú* 7, Brasa, Lima.

Rowe, J. H.

1954 Max Uhle, 1856-1944; a Memoir of the Father of Peruvian Archaeology, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 46 (1), Berkeley/ Los Angeles.

Uhle, M.

1906a Las llamitas de piedra del Cuzco, *Revista Histórica* I, trimestre III, 388-392, Lima.

1906b [Discurso de incorporación al Instituto Histórico del Perú], *Revista Histórica* I, trimestre III, 408-414, Lima.

1915 Las ruinas de Moche, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, año 1914, tomo XXX, trimestres tercero y cuarto, 57-71, Lima. (trad. de *Die Ruinen von Moche* [1913]).

1917 Fortalezas incaicas: Incallacta-Machupichu, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, año VII, tomo XXI, 25, 154-170, Santiago.

1937 Las Ruinas de Cochasquí, trad. de Julio Nieto, *Revista del Museo Nacional* 6 (1), I semestre, 86-91, Lima.